

Biblioteca-Films

El velo de la dicha

Núm. 27

25
cént.



SHOU HOU
y SUSSIE WATTA

VIOLET, E.E.



BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ª

O Teléfono 3028-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

El velo de la dicha

(La voile du bonheur, 1923)

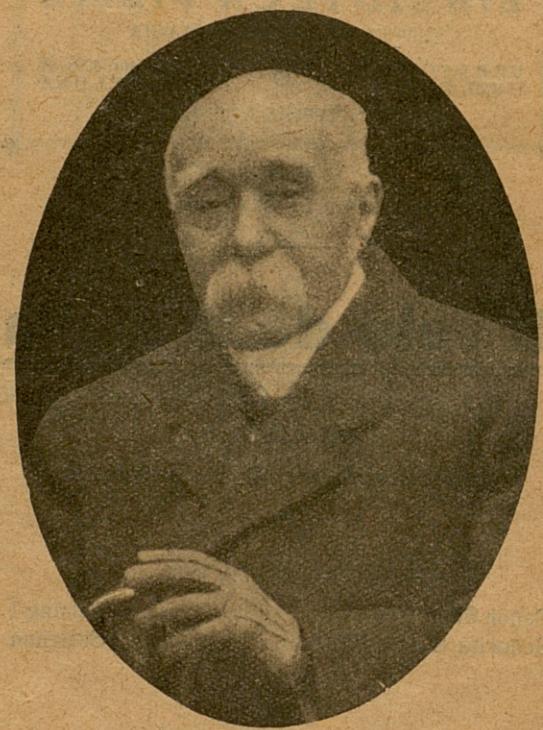
Leyenda china

asunto descrito por Mr. E. Clemenceau

INTERPRETADA POR

Señor Shou-Hou Tchang-I
Señorita Sussie Wattta Si-Schun

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Mr. E. Clemenceau
Autor de «El velo de la dicha»

I

La felicidad como permanente
es imposible en la tierra ; y la
felicidad como transitoria es un
dolor permanente.

(Proverbio chino)

Era en China, en siglos pasados caracterizados por un esplendor no igualado por ninguna otra época, y en el palacio de un príncipe de sangre real, palacio rodeado de esplendentes jardines, solo igualados por los suspendidos de Babilonia.

El príncipe, doncel de diez y siete años, recibe la lección de filosofía de su sabio preceptor, sentados ambos bajo un emparrado de flores de aroma.

—Quiero que graves en tu memoria esta máxima santa que fortalecerá tu espíritu durante tu corta peregrinación en esta vida : «*Las dignidades, la fortuna, la amistad, el amor, todo cuanto seduce y cautiva tu corazón son cosas que envejecen y mueren.*»

—Os juro, maestro, por Brahma, que no la olvidaré. Pero si todo eso que hace agra-

dable nuestra vida y poetiza nuestra existencia fenece ¿qué es lo permanente, lo estable?

—Lo permanente en esta vida, es el dolor. No olvides este otro proverbio de tus mayores que por olvidarlo son desdichados muchos hijos del Celeste Imperio...

—¿Qué máxima es esa?

—«La felicidad como permanente es imposible en la tierra; y la felicidad como transitoria es un dolor permanente.»

—Luego lo durable en este mundo...

—Es el dolor.

—¡El dolor!... ¡Qué triste es, pues, la vida, maestro!

—No lo creas, Tchang-I. Todo depende de como la sepas tomar. Nace el hombre en el dolor; en el dolor vive y en penas, con enfermedades; y... la muerte es un dolor. Tanto es así, que hay países, poco versados en filosofía, por cierto, que se alegran cuando les nace un hijo y lloran cuando se les muere. ¡Qué absurdo!... Nosotros, más versados en la ciencia del espíritu, lloramos cuando un hijo del Celeste Imperio viene a este valle de dolores, a este mar tempestuoso de la vida; y nos alegramos cuando muere, cuando Brahma lo llama a sí; y acompañamos sus despojos mortales a su última morada, con músicas y bailes, y con vestidos de fiesta nos adornamos para celebrar su liberación.

—Según ésto, maestro, nuestras vidas deben ser tristes y no podemos gozarnos en lo que facilita el bienestar, en lo que llena nuestro espíritu o alegra nuestro corazón; como la fortuna, la amistad y el amor.

—No, hijo mío, nuestras vidas no deben ser tristes, pues bastante lo son ya de sí; esto es precisamente lo que quiero que no olvides: no te apeguies a las riquezas, ni abuses de la fortuna; no dês tu amistad sin restricciones, porque, a veces, tu íntimo amigo será el que más te hará llorar; no te goces demasiado en el amor, porque la persona objeto del tuyos será, como todas las criaturas, voluble e inestable; te jurará no amar más que a tí; más faltarán a ese juramento pronunciado en el calor de la pasión; no pongas tu placer en las cosas pasajeras, pues te has de arrepentir. En una palabra, mira la vida por el lado poético, pues de otro modo te hastiarás muy pronto de ella y desecharás dejarla como los desgraciados que, al pasar el carro del excelso emperador, se arrojan bajo sus ruedas porque están cansados de vivir.

—Maestro: no olvidaré tus máximas ni tu filosofía.

—Para terminar la lección de hoy aprende esta máxima que encierra el secreto de la felicidad relativa en esta vida: «*No deseas nada, conténtate con lo que tienes y acepta los males de esta vida, pensando que siempre hay quién es más desgraciado que tú.*» Mañana te comentaré esta máxima. ¡Hasta mañana, pues, Tchang-I!

—Hasta mañana, maestro.

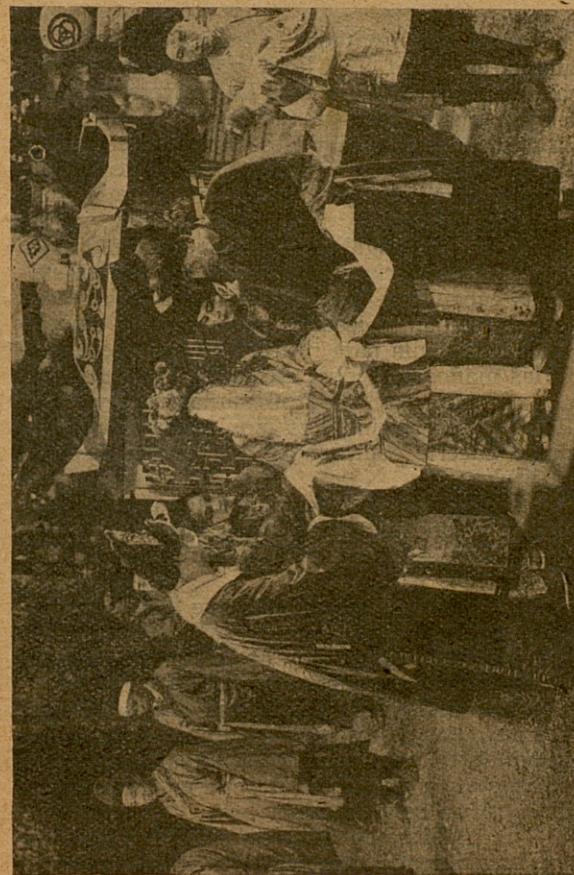
Creció el príncipe Tchang-I ilustrando su espíritu en estas disciplinas y en el ejercicio de la literatura china, y llegó a ser un pensador y un poeta de renombre.

Aquellas máximas filosóficas del sabio pre-

ceptor informaron toda la vida del príncipe-poeta.

Así vivía feliz, cuando vino a turbar su corazón una visión celestial: Si-Tchun, la joven más hermosa del imperio. Era esbelta como la nipa, bella como hurí de un cuento oriental; tenía los ojos lánguidos, soñadores, esclarecidos por una sonrisa que el albor de la mañana parecía, los labios pequeñitos, finos, recogidos como mimo de muñeca, el talle flexible como un junco, menuditos los pies y tan chiquitines que su andar parecía de pájaro. La belleza de Si-Tchun cautivó de tal modo el corazón del príncipe Tchang-I, que procuró por todos los medios poseerla por esposa. La joven, hija del mandarín de Hong-Kong, fué invitada al palacio del príncipe y asistió a la lectura de algunas de las composiciones poéticas de Tchang-I.

Fué después de una de estas reuniones que el príncipe se le declaró. Acababan de tomar el té. Unos músicos situados en la terraza del jardín tocaban el ravanastrón, especie de violín de dos cuerdas, compuesto de un cilindro de madera de sicomoro, perforado por ambos extremos, y cuyo espesor no excedía de dos pulgadas; un pedazo de piel de gacela o de serpiente boa, formaba la caja armónica; tenía dos cuerdas hechas de intestinos de gacela; el arco era de bambú. Los invitados, al oír las suaves melodías de los instrumentos salieron al jardín, iluminado por un espléndido claro de luna; sólo quedaban en el salón, sentados sobre dorados cojines y delante de un magnífico juego de té, el príncipe



Tapaba su rostro con un velo blanco (pag. 12)

Tchang-I, su invitada, la bella Si-Tchun; su amigo el joven Tou-Fou, y su secretario el viejo y barbudo Li-Kiang. La conversación entre las cuatro personas decayó cuando hubo empezado la música y desocupándose el salón; los ojos de Tchang-I, puestos en los de su hermosa enamorada, hablabanla un lenguaje comprendido sólo para el corazón de ella; el silencio se prolongaba. Tou-Fou, el amigo de confianza del príncipe, comprendió por las miradas encendidas que éste dirigía a la hermosa joven, que su presencia podía ser un estorbo y pidió la venia para retirarse. Levantóse, juntó las manos al pecho, extendió los brazos hacia adelante, inclinóse profundamente y salió. El viejo secretario no se movía, mas Tchang-I quiso hacerle comprender que estaba de más, y díjole:

—Li-Kiang, vuelve mañana temprano. Convenientemente será que vayas a descansar.

—Señor... —murmuró Li-Kiang.

—Puedes irte.

Con el mismo ceremonial que Tou-Fou despidióse el secretario.

—Yo también me voy al jardín con mis padres—indicó la hermosa Si-Tchun.

—No, Si-Tchun, desde aquí oímos las suaves melodías de los *ravanastrones*; la luna iluminando tu hermosa faz da a tus ojos colores celestiales, y esta soledad pone en mi alma un encanto no sentido hasta hoy...

—Tus labios, Tchang-I, tiemblan al hablar y me hacen sentir también una sensación indecible que me hace estremecer de una dicha como nunca la había sentido. Tú que eres poeta

y filosofo, ¿me podrías explicar esta sensación tan rara?

—El temblor de mis labios, el brillo opalino de tus ojos y esa sensación de tu ser se llama... ¡amor!

—¡Amor!... Nunca había amado, nunca; pero tus miradas de fuego y tus ardorosas palabras han encendido en mi pecho esa sensación que sube hasta mis sienes, hace latir mi corazón con una violencia inaudita y anuda mi garganta. ¡Yo que ignoraba lo que fuese el amor!...

—Y aún lo ignoras, Si-Tchun... ¿Verdad que lo ignoras?

—¿Qué es amor, Tchang-I?

—Se siente; mas no se define... Amor es luz del Cielo, destello divino que hace germinar en nuestro ser un sentimiento de atracción hacia lo que nos parece grande, bueno y bello; es una inspiración divina encarnada en nuestra alma, que ejerce un dominio sobre nuestra voluntad y nos impulsa hacia la persona amada; es el rayo de sol que fecunda la flor de te; es una ilusión divina que nos hace ver de color de rosa el camino espinoso de la vida: el amor es luz, inspiración, es rayo, es ilusión.

Amor es la *luz* que brilla en tus ojos, es la *inspiración* que dicta mis palabras, es ese *rayo* de luna que ilumina tu hermosa faz dándole colores de plata, amor es la *ilusión* de nuestra futura felicidad, porque tú, Si-Tchung, has de ser mi esposa...

—¡Tu esposa!...

—¿Quieres, amada, que, como el ibis sagrado, hagamos nuestro nido al lado de aquella

cascada que alimenta el lago de mi jardín, bajo este parral de flores de almez, bajo el techo de esta mi casa paterna?... Aquí, los pintados pájarillos con sus trinos, las tórtolas con sus arrullitos, la cristalina fuente con sus murmullos, el pavo real con sus chillidos prolongados, las flores con sus aromas deliciosas, los vencejos con su aleteo silvoso y el incienso ardiendo en los pebeteros con su perfume, cantarán el epítalamio de nuestra unión. ¿Quieres, hermosa Si-Tchun, que aquí formemos nuestro nido?

—Quiero, amado mío.

—¡Qué felicidad!... ¡Tú, la amada de mi corazón, mi esposa!...

—¡Qué felicidad!

—Y cuando las golondrinas anidadas bajo el alero de nuestra habitación salgan del nido a buscar la becada para sus recién nacidos, cuando florezca el aroma y el granado dé flores y se vista de blanco el almendro y los capullos de mis rosales se abran, entonces, Si-Tchun, el fruto veremos de nuestros amores.

—¡Tchang-I!... ¡Amado mío!... ¡No puedo más!... ¡Calle tu labio si no quieres que desmaye de amor!

La amada cayó lúgicamente en brazos del amado; éste selló sus promesas con un beso...

Afuera seguía la música, y la luna continuaba prestando sus fulgores de plata al idílico cuadro.

II

Llegó el día de la boda. En el palacio de Tchang-I se esperaba a la novia. En el salón principal aparecían en nichos, entre cortinajes policromados de finísimas sedas, los lares, dioses familiares del príncipe, y en medio de ellos un gran busto de oro de Brahma y otro de Budha, de plata, por ser éste el dios de su amada, originaria de Ceilán. Delante de ambos dioses, grandes pebeteros quemaban pebete e incienso de la Arabia, esparciendo en toda la habitación una aroma embriagadora.

En la entrada exterior del palacio, un Bonzo revestido con preciosa capa de seda bordada con primor, rodeado de sus acólitos y seguido de los miembros de la familia y allegados formados en dos filas hasta la puerta interior del palacio, esperaban a la novia.

Por fin, llegó ésta, en una preciosa sillera cerrada, llevada por dos criados del príncipe, precedida de varios subalternos llevando, suspendidos en pértigas doradas, grandes farolones encendidos, y seguida de un lucido acompañamiento de familiares y personajes de pro. Al lado de la sillera de manos, un esclavo sostenía un inmenso parasol de seda, abierto.

Al llegar la comitiva de la novia, el Bonzo pronunció breves palabras de bienvenida y precedió a la novia hasta la entrada de la mansión. Al pasar la sillera todos los que estaban formados en dos filas se inclinaban extendiendo

los brazos con las manos cerradas en señal de respeto y sumisión.

Paráronse los que llevaban la sillera al llegar a la puerta del palacio, un doméstico abrió la portezuela y apeóse Si-Tchun. Vestía un kimono de seda afelpada azul celeste con grandes topos de flores bordadas; ceñía una ancha faja de seda roja y llevaba un manto dorado en forma de dalmática. Tapaba su rostro con un velo blanco muy tupido y calzaba zapatitos diminutos de seda azul con un rosetón bordado en rojo.

Subió la novia las tres gradas de la entrada y paróse en el dintel de la puerta: dos golpes de gong o pam-pam anunciaron que el novio se acercaba. Todos se inclinaron con los puños extendidos, menos la novia.

Tchang-I vestía una túnica afelpada de seda multicolor de un precio fabuloso. Cubría su cabeza con un gorro en forma de mitra. Al llegar, y previas las preces de rigor del Bonzo, levantó el velo de la novia, besóle los labios en señal de propiedad del cuerpo de ella, y la novia dióle un ósculo en la mano derecha y en el hombro izquierdo como muestra de sumisión. Los novios, seguidos de los familiares y personajes principales, penetraron en el salón de los lares donde debía verificarse la ceremonia principal, según el rito chino; fué una ceremonia llena de placer y encanto que caracterizó verdaderamente la época única y grandiosa de la China.

Tchang-I ya estaba maridado con la más exquisita criatura del Celeste Imperio a quien

amaba con todo el ardor de sus años juveniles y con la fuerza del primer amor.

III

Tchang-I no tenía en el mundo más que dos objetos que absorbían todo su querer: su mujer, la divina Si-Tchun, y sus versos. Si bien aquélla llenaba toda su alma, pues todas sus composiciones poéticas eran suspiros de un corazón prendado de su mujer.

Así lo manifestaba aquella tarde a su íntimo amigo Tou-Fou. Ambos están sentados en el despacho del poeta.

—Creedme, Tou-Fou, soy el más feliz de los mortales. Dicen que la felicidad absoluta es imposible en la tierra y os aseguro que soy una excepción a esta máxima.

—A esta verdad, querréis decir.

—Para mí no lo es. Desde que me casé con Si-Tchun, dudo que mis lares sean en su paraíso tan felices como yo: no les envidio.

—Eso es una blasfemia.

—Que Brahma me perdone y Budha me dispense; pero es la verdad. Mi mujer es hermosa como una nereida, buena como un genio...

—Bueno.

—Por supuesto; cariñosa como una tórtola, dócil como...

—Decid que vuestra esposa Si-Tchun es un tesoro.

—Inapreciable. Y todos mis cantos, todos,

son para ella o inspirados por ella. Aquí tenéis el que estaba escribiendo cuando entrasteis.

Y Tchang-I entregó una cuartilla a su amigo, el cual la leyó en voz alta con vibrante entonación; mientras por la puerta situada a espaldas de Tchang-I entraba su esposa Si-Tchun y, sin meter ruido, se quedaba quieta escuchando la lectura de Tou-Fou.

*—Soñé con una niña blanca y bella
de oblicuos ojos, de trenzado pelo;
bajo un naranjo me senté con ella,
y nos cubría el estrellado cielo.
De nuestro amor las cuitas y querellas
formaban nuestras pláticas sabrosas;
al vernos parpadear las estrellas,
tal vez de nuestros besos envidiosas.
De pronto desperté, y en torno mío
volví la vista, estaba solo, a oscuras.
Del cielo azul, con rayo mudo y frío,
su luz vertían las estrellas púras.
Si-Tchun, divina estrella, me miraba;
su luz destellos fulgidos vertía
sobre mi faz...*

—¡ Si-Tchun ! — exclamó Tou-Fou levantando la vista de la cuartilla y viendo a la esposa de Tchang-I.

Volvióse éste y sorprendió a su esposa mirando a su amigo de un modo significativo. La primera mirada de su esposa no había sido para él. Aquella mirada era idéntica a la que él había sorprendido la primera vez que se había declarado a su esposa. Un pensamiento cruzó por su mente; un pensamiento que su preceptor le había inculcado en su juventud:

«No creas que ha de aguantarte siempre el brazo en que te apoyas.»

Pero desechó rápidamente aquel pensamiento como se aparta un cíñife que se posa sobre el párpado. Y saludó cariñoso a su mujer.



— ¡Sólo tres gotas! (pág. 20)

— ¡ Bienvenida seas, esposa mía !

— Si os molesto me iré.

— No, no — protestó Tou-Fou — ; con vuestro permiso, Tchang-I, me retiro.

Levantóse Tou-Fou, saludó a su amigo y salió, no sin antes volver la vista hacia la hermosa princesa, que correspondió también con la mirada al amigo de su esposo.

IV

Una nubecilla había pasado en el cielo de la felicidad del príncipe Tchang-I; pero bastó un momento de serenidad del poeta para disiparla.

—No puedo pensar mal de mi esposa—decíase a sí mismo—mientras no tenga razones más fundadas de su infidelidad.

Y la nube se disipó y Tchang-I no volvió ya a pensar en aquel incidente, ni quiso vigilar a su esposa y a su amigo, y continuó siendo feliz, más feliz que antes, porque su adorada Si-Tchun había concebido.

Meses después un astro más brillaba en el cielo de su dicha: Tchang-I tenía un hijo a quien llamaron Wien-Sieou.

Este hijo vino a acrecer, si cabe, el amor de Tchang-I por su esposa y a aumentar o, al menos, completar su felicidad.

No ocultaba el príncipe su contentamiento al pensar que los preceptos y máximas de su maestro respecto a la dicha terrestre habían quedado fallidos: él era tan feliz como un dios y nada amenazaba la continuación de su dicha.

Vivía Tchang-I al lado de su preciosa y joven mujer Si-Tchun, disfrutando del amor de su hijo Wien-Sieou, de su amigo Tou-Fou y de su estimado y fiel secretario Li-Kiang.

Así transcurrieron doce años. Al cabo de ellos, una grande, una inmensa sombra cubrió el cielo del gran poeta: quedó completamente ciego.

Y entonces recordó la máxima de su precep-

tor: La felicidad como permanente es imposible en la tierra; y la felicidad como transitoria es un dolor permanente.

Consideró su ceguera como un accidente de su vida y pensó que sólo es feliz el que quiere serlo, y que cada uno lleva en su ser el principio de su dicha o de su desgracia; y se dijo con energía:

—¡Ciego, pero feliz!

Las palabras de su preceptor acudieron a su mente: *Mira la vida por el lado poético... No deseas nada, conténtate con lo que tienes y acepta los males de esta vida, pensando que siempre hay quien es más desgraciado que tú.*

—¡Sublime filosofía!—pensó—. ¡Verdadero talismán de la dicha!

Tchang-I reaccionó de tal modo que esta nueva existencia de eternas tinieblas no deslució su bondad ni su talento. Consideró a su mujer como a luz de sus ojos y su estro poético; a Tou-Fou como a su amistad recreativa que acudía diariamente a su casa para distraerle; Li-Kiang fué la mano que tuvo el insigne honor de escribir las obras de Tchang-I, y su hijo Wien-Sieou el pajarito que alegraba sus oídos con sus infantiles estridencias.

El príncipe ciego ha regularizado su vida ordenando sus horas de trabajo y de placer: por la mañana trabaja en el ordenamiento de sus obras poéticas, ayudado por su secretario Li-Kiang, después de comer, acompañado por un criado sale a dar un paseo y por la tarde juega al ajedrez con su amigo Tou-Fou.

Es con éste con quien más se expansiona.

—Tchang-I—le dice su amigo—, admiró

vuestra tranquilidad y vuestro buen humor.

—No tenéis porqué admirarme. Natural es y muy humano que una persona ignorante considere como un mal y una desgracia esta mi ceguera; cuando, en realidad, considerada con los ojos de la razón y de la verdadera filosofía es el mayor de los bienes que mis lares podían otorgarme.

—Ignorante debo ser, Tchang-I.

—¿No lo comprendéis?

—No sé ver las cosas bajo ese prisma; claro que las cosas son del color del cristal con que se miran; me debe faltar el cristal para verlas de ese color.

—Nace el hombre; y desde que sus ojos pueden ver con discernimiento, ¿qué ve en el mundo?... Miserias, ingratitudes, desgracias, mil fealdades que le horrorizan y le hacen sufrir. Las bellezas de la vida, lo que encanta y halaga los sentidos, la hermosura de la naturaleza, las veo y las gozo ahora en mi mente a través de mi fantasía de poeta, sin mezcla y con exclusión de todo lo que repugna a las facultades de mi alma. ¿Me comprendéis?

—¡Os admiro!...

—¿Sin comprenderme?

—Oid, Tchang-I, pero esta ceguera os impide gozar de la belleza de vuestra esposa Si-Tchun.

—No, no; os equivocáis, Tou-Fou; ahora está grabada en mí alma; mi espíritu la contempla en toda su esplendente belleza; viéndola con los ojos de la carne podía notar en ella imperfecciones—¡nada hay perfecto bajo la capa del sol!—o interpretar torcidamente

su manera de proceder, de mirar, por ejemplo, y dar margen a mi espíritu para dudar de su fidelidad y bondad; pero ahora la tengo idealizada en mi mente: es la mujer perfecta.

—De lo que me alegro mucho—dijo Tou-Fou sonriendo maliciosamente.

V

Iba de paseo el poeta Tchang-I guiado por su lazaro, criado de confianza. En una de las tortuosas callejas de Pekín oyó la voz de un curandero, especie de derviche, el cual de pie sobre un taburete ponderaba las propiedades maravillosas de los específicos que expendía. Era un hombrón alto, fornido, corpulento, con una barba hirsuta poblada por distritos; llevaba la faz tatuada con dos líneas arqueadas sobre los pómulos que le afeaban horriblemente; las cejas espesas y cerradas formaban una sola línea de pelos bajo su frente; sus ojos brillantes salíanse de las órbitas; sus larguísima uñas doblaban la dimensión de sus dedos; vestía una raída túnica de color indefinido, no pudiendo con certeza saber cuál fuera el primitivo, por lo deslucida; calzaba sucias chinelas; era, en fin, un tipo repugnante y repulsivo; pero muy interesante por la misión que ejercía. Sus drogas y potingues, de una virtud tan sobrenatural, que eran la panacea universal contra toda humana dolencia, sin excepción alguna, no se pagaban al adquirirlas; pues sabido es que en aquella época lejana, los mé-

dicos chinos afectos al cuidado de una familia o colectividad, dejaban de cobrar sus honorarios desde el momento que enfermaba alguno de los miembros cuya salud les estaba encarnizada, y sólo percibían sueldo cuando sabían conservar la salud de aquéllos.

El curandero de marras sólo percibía honorarios cuando su específico producía los efectos benéficos que aquél ponderaba.

Pasaba Tchang-I por delante del grupo formado, alrededor del curandero, por cojos, ciegos, lisiados y enfermos de todas clases.

—¿Quién vocifera así? —preguntó el poeta a su lazaro.

—Señor, es un derviche de Ceilán que lo cura todo.

—¡Un charlatán!

—Señor —dijo el hombrón alto, tatuado, bajando del taburete, y acercándose a Tchan-I—, no soy charlatán... Yo traigo la salud.

—¿En potes?

—¡Os burláis!... Bien está —subió sobre el taburete, sacó un tubito de cristal cuidadosamente tapado contenido un líquido, y añadió, entregándoselo al ciego poeta: —Tomad, tres gotas de este licor maravilloso y recobraréis la luz de vuestros ojos...

—Tres no más?

—¡Sólo tres!... ¡Tenedlo en cuenta! ¡Tres gotas son la vida de vuestros ojos... diez gotas serían una ceguera eterna!

Tchang-I tomó en sus manos el frasco, sonrió incrédulo y marchóse a su casa.

Al llegar a ella mostró el frasco a su mujer, y manifestóle el deseo de emplear el remedio.



El preso y la comitiva fueron conducidos al Salón... [pag. 23]

—No, no, amado mío; ese curandero entiéndese con los dioses infernales para causar la perdición de los habitantes del Celeste Imperio.

—No creo, esposa mía, en la virtud de este líquido.

Manifestó Tchang-I a su secretario el deseo de probar las tres gotas; mas Li-Kiang le contestó:

—No hagáis tal, príncipe; pues veríais monstruos en vuestro hogar.

Y el ciego desistió, por entonces, de aplicar el remedio del fetiche ceilanés.

Esta conversación fué interrumpida por la llegada de su esposa Si-Tchun y de su hijo Wien-Sieou, que venían a presentar sus respetos al dueño del hogar.

VI

El amigo de Tchang-I, Tou-Fou, según su costumbre diaria, fué a jugar una partida de ajedrez con el ciego.

La esposa de éste asistió a la partida. Situada frente al amigo de su esposo, contemplando a aquél con miradas de ternura a las que correspondía Tou-Fou con otras no menos tiernas y significativas.

Ganó la partida Tchang-I, a pesar de su ceguera, y su contrincante le dijo:

—Tchang-I, sois afortunado en el juego.

—Entonces a vos os toca serlo en amores, ¿no es cierto?

—Ciento es—y Tou-Fou miró sonriendo a Si-Tchun, que se sonrojó ruborizada.

En aquel momento oyéreronse ruidos de voces y pasos en el jardín. Si-Tchun abrió la ventana.

Nevaba. Un grupo de soldados precedidos de un mandarín llevaban a presencia del príncipe Tchang-I, a un condenado a la última pena que había manifestado deseos, antes de la ejecución, de ver al príncipe y de hablarle.

Llamábbase el desgraciado preso, Tchao. Era joven, de estatura regular, muy delgado, casi escuálido, con la cabellera muy crecida y desordenada. Iba casi desnudo, sólo cubierto con uuros andrajos que le cubrían lo que la decencia no permitía dejar al descubierto. Llevaba las manos amarradas y se retorcía de frío y de hambre, llorando a lágrima viva.

El preso y la comitiva fueron conducidos al salón en donde Tchang-I y su amigo acababan de jugar la partida de ajedrez.

—Señor—dijo el mandarín—, este joven ha pedido como gracia especial, hablar con vos antes de su ejecución.

—¿Quién es?—inquirió Tchang-I.

—Un joven a quien se ha condenado a ser aplastado por el carro del Emperador.

—¿Cómo te llamas?

—Tchao, señor.

—¿Por qué te han condenado?

Tchao lloraba y el mandarín contestó:

—Mató a un hombre.

—¡Desgraciado!—exclamó el ciego—. ¿Y quéquieres?

—¡Señor, tengo hambre, tengo frío!

Y el desgraciado temblaba como una hoja

movida por el viento, y sollozaba de tal modo que el príncipe se enterneció y en sus apagados ojos lucieron dos perlas que rodaron por sus mejillas.

—Y ¿por qué querías hablar conmigo?

—Para pediros clemencia y que no me dejen morir de hambre y de frío.

—Si-Tchun—llamó Tchang-I—, trae mi túnica acolchada. Mandarín, desátale las manos.

Obedecieron la esposa y el mandarín. Aquella fué hasta un armario-cofre situado en el mismo salón y sacó la túnica pedida.

—Aquí tienes la túnica—dijo la esposa.

—Dásela a ese desgraciado, pues la necesita más que yo... Dadle de comer.

El llanto de Tchao convirtióse en gozosas manifestaciones de agradecimiento: abrazaba la túnica, la besaba, y saludaba al príncipe con muestras de gran reconocimiento. Antes de despedirse, mandó Tchang-I a su esposa:

—Si-Tchun, dale a este desgraciado diez taels.

La esposa entregó al preso las monedas y salieron éste y su acompañamiento.

VII

Un día llegó al palacio del príncipe un correo de los imperiales palacios para comunicar a Tchang-I la buena nueva de la próxima visita de un enviado extraordinario del Celeste Emperador, noticia que recibió el ciego con muestras de gran regocijo.

Aquella misma tarde llegó dicho enviado extraordinario a caballo con gran lujo de acompañamiento.

Apóeся el enviado a la puerta del palacio. En el jardín estaban reunidos todos los servidores de la casa y amistades del príncipe.

El delegado del Emperador desplegó un roollo que llevaba en sus manos que contenía la orden del Emperador delegándole para aquella misión; todos se arrodillaron en actitud de adoración. Y penetró el emisario en el gran salón donde estaba reunida toda la familia del príncipe, su amigo Tou-Fou y su secretario Li-Kiang.

Volvió a desplegar el representante del Emperador el pliego de su nombramiento y todos se prosternaron.

—En nombre del Celeste Emperador—habló el enviado —vengo a felicitar al príncipe Tchang-I y a Li-Kiang por la *Colección de poesías* de que son autores y que le han dedicado.

El ciego, que estaba arrodillado y postrado en tierra, levantó la cabeza y contestó:

—Señor, yo solo soy autor de esa *Colección de poesías*.

—Vos sois coautor. El Emperador os manda un obsequio: para Li-Kiang el nombramiento de gran maestre y para Tchang-I una túnica y unos jarrones.

Unos criados portadores de los presentes los depositaron en una mesa y Li-Kiang recibió un pergaminio con muestras de gran contenido.

—Y el Celeste Emperador—prosiguió el en-

viado—quiere que le pidáis una gracia que os la concederá. ¿Qué gracia pedís, Li-Kiang?

—Dejo en las manos del Celeste Emperador me conceda la gracia que él quiera.

—¿Y vos, Tchang-I?

—Yo pido humildemente la libertad de un pobre condenado a muerte.

—¿Cuál es su nombre?

—Tchao.

—Será perdonado.

Y el enviado del Emperador partió después de haber cumplido su misión.

VIII

Tchang-I llamó a su secretario.

—Li-Kiang, no he comprendido cómo mi Colección de poesías haya sido presentada al Emperador con el nombre de dos autores: tu nombre y el mío.

—Señor, yo tampoco lo comprendo, pues sólo he sido el amanuense que la ha escrito; pero no el autor que la ha compuesto.

—¿Tienes a mano algún ejemplar de mi obra?

—Señor, aquí mismo encima de la mesa hay uno.

—Léeme la portada.

—Colección de poesías, por Tchang-I.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—No lo entiendo.

—Ni yo.

Aquella misma noche, Tchang-I no podía



Me siento igual a los dioses, porque ahora y para siempre soy el más dichoso de todos los diosessos (pág. 31)

—¡ Cómo ! —clamó con viveza, arrojando el libro —, mi secretario es un traidor, un villano, aprovecharse de mí ceguera ! ...

Y cayó como herido por un rayo en la poltrona.

Amanecía. Poco a poco fué avivándose la luz del día. Oyó ruido en una estancia contigua y observó.

Su hijo, su amado hijo Wien-Sieou, vestido con una de sus túnicas, ridiculizaba al ciego burlándose de su propio padre, imitando sus andares y decires delante de Li-Kiang, que acogía con risas sarcásticas las extemporáneas y soeces actitudes del muchacho.

—¿ Ese es hijo mío ? ... ¡ Horror ! ... ¡ Luz de mis ojos, qué desgraciado me haces ! ... ¡ No quiero verlo ! ...

Al volver la vista vió el suelo sembrado de pétalos de las rosas que él deshojara el día antes sobre la cabeza de su divina mujer. Y su pensamiento voló hacia ella.

Su pecho necesitaba respirar; acercóse a una ventana.

—¡ Horror ! ... ¡ ¡ Ella ! ! . . . ¡ ¡ Tou-Fou ! !

Vió sentados en cojines, fuertemente abrazados, besándose, a Si-Tchun y a Tou-Fou: a su mujer y al que creía su mejor amigo.

—¡ Oh, amor traidor ! ... Todos mienten, ¡ hasta Si-Tchun ! ...

—¡ Para ser feliz en este mundo es menester el velo que esconde la verdad de las cosas ! Mi ceguera era el *velo de la dicha*... ¡ Diez gozas sería la ceguera eterna ! ...

Tomó el tubito del hechicero; ¡ oh dolor !, estaba vacío.

—¡ Quiero el velo de la dicha ! ... ¡ Quiero ser ciego ! ...

Y hundiése las uñas en las cuencas; se había, como Edipo, arrancado los ojos. Un horroroso grito retumbó en todo el palacio. Acudieron presurosos la esposa infiel, el falso amigo, el secretario traidor y el mal hijo.

—¡ Oh ! ... —clamaron todos.

Tchang-I estaba de pie, en medio de la estancia, erguido como un dios, iluminada la faz por los primeros destellos del sol y vuelta hacia el cielo. De sus ojos manaban hilitos de sangre que corrían por sus mejillas.

En la divina obscuridad de la noche, las estrellas le aparecieron.

—¡ Me siento —exclamó Tchang-I — igual a los dioses, porque ahora y para siempre soy el más dichoso de todos los dichosos !

FIN

Vuelva V. la hoja y?...

**PUBLICACIONES SELECTAS DE
“BIBLIOTECA FILMS”**

N.º	Título de la obra	Postal	Precio
1	Rosita.		1 p.
2	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford	30 c
3	Lorna Doone	Charles Chaplin	25 ¢
4	La voz de la mujer.	Douglas Fairbanks	50 ¢
5	¡Cuidado con la curva!	Lil Dagover	25 ¢
6	El león de Venecia	Magda Bellamy	25 ¢
7	La Rosa de Flandes, 2.ª edición	Raquel Meller	50 ¢
8	Ensueño	Andrés Rouanne	25 ¢
9	Sherlock Holmes	Dorothy Philips	25 ¢
10	Las esposas de los hombres pobres	Hélène Chadwick	25 ¢
11	El Signo del Zorro, 2.ª edición	Douglas Fairbanks	25 ¢
12	¿Dónde estás hijo mío?	Reinwald y Fjord	50 ¢
13	Luisa Miller.	Ramón Navarro	25 ¢
14	Flor de Fuego	Frank Mayo	25 ¢
15	Las dos niñas de París 2.ª edición	Mary y Douglas	25 ¢
16	Rescatando la honra	Tom Mix	25 ¢
17	La hija del fuego	Perla Blanca	25 ¢
18	Nathan el sabio	Sandra y Herrmann	25 ¢
19	La Huerfanita, 2.ª edición	Dorothy Gish	25 ¢
20	Clarita May	Bessie Love	25 ¢
21	La brecha del infierno	Camille Vernades	50 ¢
22	¡Perdida y encontrada!	Antonio Moreno	25 ¢
23	El alma de Oscar	Cullen Landis	25 ¢
24	El Botones n.º 13	Douglas MacLean	25 ¢
25	Mesalina	Rina de Ligouri	50 ¢
26	Mandrín	Romuald Joubé	25 ¢

Próximo número:

NELLIE, LA BELLA MODELO

Interesantísima novela de amor, por las bellísimas divettes

Clara Winsor y Mae Busch

Postal: Sugestiva y artística fotografía de la beldad MAE MURRAY

BIBLIOTECA FILMS
TÍTULO DE LA SUPREMACIA

COLECCIONE VD.

NUESTRAS PUBLICACIONES SELECTAS

Servimos números atrasados y colecciones completas, al mismo precio, remitiendo el importe por giro postal o sellos de correo, a

URGEL, 40, 2.^o, 2.^a — BARCELONA

AGENTE GENERAL DE VENTA:

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125 — BARCELONA

AGENTES EXCLUSIVOS :

M A D R I D — M A N U E L C A S T R O ,
Mazarredo, 4

V A L E N C I A — V I C E N T E P A S T O R ,
Nave, 15



EXIJA VD. BIBLIOTECA FILMS

QUE APARECE TODOS LOS MARTES